

## CAPÍTULO 21

### Ágapes navideños: a la mesa con Emilia Pardo Bazán

SERGIO MARTÍN JIMÉNEZ  
*Universitat Autònoma de Barcelona*

*A Montserrat Amores, siempre*

En las postrimerías del siglo XIX y en los albores del XX, vimos a grandes novelistas, cultivar y dignificar concienzudamente el cuento literario, desde una estética realista-naturalista hasta, algunos, incurrir en la modernista. De entre ellos, deseo quedarme para el presente estudio con Emilia Pardo Bazán, por ser su figura imprescindible en cuanto a la consagración oficial del cuento literario, tal como considera Baquero Goyanes<sup>1</sup>, y por su indiscutible corpus textual, al cual ella misma hace referencia en el Prefacio a sus *Cuentos de amor*, cuando dice haber escrito «gran número de cuentos, pero acaso te sorprenda si digo que pasan de cuatrocientos, y a todo correr se acercan a quinientos ya»<sup>2</sup>.

Esta prolijidad ha sido destacada también por diversos críticos, como es el caso de Pilar Faus, quien señala que «dada la facilidad de la escritora para pergeñar cuentos y que cualquier suceso o acontecimiento ponía en marcha su imaginación, no es extraño que doña Emilia sea también una cuentista de circunstancias, especialmente circunstancias a las grandes festividades del año litúrgico: Navidad, Carnaval y Cuaresma»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> M. Baquero Goyanes, *El cuento español en el siglo XIX*, Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1949.

<sup>2</sup> E. Pardo Bazán, *Cuentos de amor, Obras Completas*, Madrid, Renacimiento, 1898.

<sup>3</sup> P. Faus Sevilla, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, tomo II, 2003, pág. 274.

Es aquí donde me detengo, en este tipo de cuentos denominados por Faus, «de circunstancias» y que otros estudiosos como Paredes Núñez califican de «circunstancialidad conmemorativa»<sup>4</sup>, o «equiccionales», según el mismo Gómez de la Serna en sus *Nuevos retratos contemporáneos*, quien, además de clasificarlos, los califica, los eleva a documentos de vida, porque en ellos «se notaba el tiempo en que estábamos y en los que la vida tomaba un decorado de estilo severo»<sup>5</sup>.

Conocemos pues a una Pardo Bazán que se suma al ejercicio del subgénero navideño, subgénero también cultivado desde la segunda mitad del siglo XIX por autores contemporáneos suyos y que se extendió hacia más allá de la segunda década del siglo XX. Tal como señala Alarcos Sierra, durante este dilatado período esta clase de relato evoluciona desde el convencionalismo temático y formal hasta la transgresión y la ruptura, hasta destruir «tanto el cuento tradicional como el hipertrofiado y convencional subgénero navideño, que quedará desde entonces, aunque se siga cultivando, desacreditado y herido de muerte»<sup>6</sup>.

Es pues, y no por ello desmerecedor de estudio, un subgénero manido al que recurren notables autores de la literatura universal, con mayor o peor tino, ya que es fácil rayar en lo cursi al sublimar los sentimientos tanto de índole familiar y/o religioso que experimentan los personajes durante la celebración de la Navidad. Hablo de religión y familia porque de ambos aspectos andan bien surtidos *Los cuentos de Navidad y Reyes Magos* (1902) de Emilia Pardo Bazán<sup>7</sup>; no obstante, el propósito de mi estudio es otro, y por eso solo me acercaré a estos ámbitos tangencialmente. No puedo obviar el casi inmanente sentido religioso que, por el tema alrededor del cual giran, late en estos relatos. Es más, numerosas son las aportaciones de la crítica respecto al sentimiento religioso «ambivalente» —según Pattison<sup>8</sup>—, de la Condesa o incluso nulo, como señala Giner de los Ríos en su carta a Clarín, cuando subraya que la escritora «carece en absoluto —hasta donde cabe en ser humano— de la nota religiosa»<sup>9</sup>. Simplemente la utiliza como «emoción estética o, acaso hablando con más exactitud, con el gusto intelectual y la afición ingeniosa a la observación de lo real y pintoresco»<sup>10</sup>. Entre estas dos dimensiones se debate Emilia Pardo Bazán: entre la descripción casi denotativa de los ágapes navideños y lo literario a que conllevan, por lo pintoresco de la misma celebración.

<sup>4</sup> J. Paredes Núñez, «La producción cuentística de Emilia Pardo Bazán», *Estudio sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las Jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A. M. Freire López (ed.), La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.

<sup>5</sup> R. Gómez de la Serna, *Nuevos retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamérica, 1945, pág. 149.

<sup>6</sup> E. Pardo Bazán, *Cuentos españoles de Navidad. De Valle-Inclán a Ayala*, Clan editorial, Madrid, 1998, p'zg. 9.

<sup>7</sup> E. Pardo Bazán, *Cuentos de Navidad y Reyes Magos*, Santa Cruz de Tenerife, Artemisa ediciones, 2006 (1.ª edición de 1902).

<sup>8</sup> W. Pattison, *Emilia Pardo Bazán*, Nueva York, Wayne Publishers, 1971, pág. 4.

<sup>9</sup> F. Giner de los Ríos, «Del Epistolario de D. Francisco (Carta del 6-I- 1888)», *Boletín de la Institución de Libre Enseñanza*, 1926, págs. 57-58.

<sup>10</sup> F. Giner de los Ríos, ob. cit.

El jugo que le saca a los distintos banquetes con que festejan los personajes conlleva a que este elemento aparentemente contextual deba ser considerado un componente imprescindible para el entramado del relato, pues, entre otras cuestiones, hablándonos de la comida y de la bebida, la escritora gallega caracteriza a sus personajes, y lo hace sin poder desprenderse de la anquilosada estratificación social con que suele cincelar sus escritos.

Esta rigidez a la cual me refiero es reconocida por la misma autora como podemos constatar en sus palabras, cuando contrapone el realismo ruso al español en un estudio suyo sobre Tolstoi, admitiendo que el de nuestra lengua «lleva por marca la insensibilidad y la aceptación completa de las desigualdades sociales, con la división en castas nobles y plebeyos, hidalgos y pícaros, y dos estéticas, y dos retóricas, una por casta»<sup>11</sup>.

Conocida esta división estético-social, quizá contra quien más arremeta la Condesa en sus obras sea contra los pobres, aunque en los cuentos que tratamos no insista, como sí lo hace en *Los Pazos de Ulloa* (1886) y *Madre Naturaleza* (1887), en la condición del campesino que se acerca al animal, que se mueve por pulsiones instintivas, como apunta García Guerra<sup>12</sup>. Este estudioso, además, asienta que dicha caracterización es deudora del visceral rechazo de la autora a la movilidad social, y subraya «la dureza con que trata a quienes tratan de adquirir un *status superior*»<sup>13</sup>; sin embargo, en los cuentos que estudiamos no se percibe esta imposibilidad de fluctuación social —llamémosla así—, pero sí una división estamental, cuando Pardo Bazán prepara manjares y elixires para dos tipos de mesa: la aristocrática frente a la mesocrática y popular. Analicemos pues cómo la cena de Nochebuena se convierte en un indicador social, en un barómetro del poder adquisitivo de los personajes que la disfrutan.

Empecemos con «Dos cenas», cuento paradigmático en este sentido, porque en él se contraponen los dos mundos que tan distanciados están para la autora. Durante el transcurso de la trama se sirven dos banquetes: el del rico banquero, donde abundan «los peces, los mariscos más suculentos, aderezados al genuino estilo francés, y regado con vinos añejos, raros y preciosos», y el de la amante de este, en el cual encontramos «la sopa de almendra y la compotita con rajas, al uso de tu país». Con esto de «al uso de tu país» el protagonista se refiere a la Andalucía natal de su amante, La Cordobesa, cuyos «platos clásicos, familiares, no suelen dignarse a presentarlos los cocineros de miles de pesetas de sueldo. Esos platos son mesocráticos». Así lo confirma el narrador y así distingue socialmente a los personajes de este cuento: en la mesa de los pudientes «ni hubo sopa de almendra, ni besugo con ruedas de limón, ni compotita con rajas de canela».

Más allá de los alimentos están las bebidas con que los acompañan. En la mesa del rico de este cuento brindan con champán, como también lo hacen los

<sup>11</sup> E. Pardo Bazán, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1973, vol. III, pág. 1498.

<sup>12</sup> D. García Guerra, *La condición humana en Emilia Pardo Bazán*, Laracha, Xunta Editorial, 1990.

<sup>13</sup> D. García Guerra, ob. cit., pág. 249.

personajes de «Nochebuena del jugador»: «Nosotros nos saciamos con cosas ricas, y vamos a brindar con un champaña... que ya lo conozco de otras veces... ¡Clicquot!, mientras los pobres...» En este relato cenan, además, manjares como los del cuento anterior. Véase cómo concreta los peces y mariscos y las bebidas a los que se alude como hiperónimos en el otro: «Me da vergüenza cenar tan bien, con salmón, y ostras, y langostinos, y vinos añejos, y no poder ofrecer a algunas familias pobres, ya que no estos festines de Lúculo, al menos el pan del año, el fuego del hogar y ropa con que abrigarse las carnes.»

No obstante, en «Nochebuena del jugador» también se ve cómo «la sopa de almendra humeaba suavemente y trascendía a gloria; las frutas raras se apiñaban en el centro de la mesa [...] en las copas reía ya el Sauterne amarillo». Se mezcla así lo mesocrático y lo aristocrático en este cuento, puesto que, pese al no ser los protagonistas del todo pudientes, el hombre de la casa al inicio del relato le entrega un puñado de billetes a su mujer para que prepare «una cena, pero una cena de verdad, como me gustan...» Se acercan así un día a la clase más alta.

La Condesa deja sin cena de Nochebuena a los soldados de «Página suelta», quienes echan de menos «la sopita de almendra y la compota rajada de canela, en casa de tía Dolores». No se les habrá pasado por alto la recurrencia de la sopa de almendras, a la cual la autora le otorga protagonismo en diferentes relatos. También, fuera de sus relatos, doña Jesusa en la novela *Una cristiana* (1890) por Navidad «comía sopa de almendra y besugo»<sup>14</sup>. Se confirma pues que para la autora «este plato de la noche clásica forma parte de la cena de Navidad, con el besugo, la ensalada de coliflor, y la compota». Esto mismo dice la escritora en su libro *La cocina española antigua*<sup>15</sup> perteneciente a la Biblioteca de la Mujer, que ella dirige. La harto mencionada sopa es el plato número 56 de este recetario con que la autora, que se sabe una modesta aficionada sin pretensiones enseñar el arte culinario, desea recopilar nuestros principales platos.

Con esta teorización de la cocina española, ampliada con *La cocina española moderna*, además de compilar nuestra tradición culinaria, la Pardo subraya la identidad y la idiosincrasia de su pueblo, tal como señala Miguel Ángel Almodóvar, ante el empuje arrollador de la cocina francesa, en auge en ese momento<sup>16</sup>. Además, como indica Pérez Samper, la Condesa, a la par, reivindica la lengua en que deben escribirse las recetas: el castellano debía sobreponerse al afrancesamiento con que se sazaban últimamente los recetarios, tal era la presión culinaria del país vecino<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> E. Pardo Bazán, *Una cristiana*, Barcelona, Red ediciones, 2012 (1.ª edición de 1890), pág. 19.

<sup>15</sup> E. Pardo Bazán, *La cocina española antigua*, Barcelona, Talleres gráficos de la S.G. de P. (1.ª edición de 1913)

<sup>16</sup> M. A. Almodóvar, *Yantares de cuando la electricidad acabó con las mulas. La historia paralela de la electricidad y la comida*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2009.

<sup>17</sup> M. A. Pérez Samper, «Las mujeres y la organización de la vida doméstica: de cocineras a escritoras y de lectoras a cocineras», T. A. Mantecón Movellán (ed.), *Bajtín y la historia de la cultura popular*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2008, págs. 33-70.

Defensora de nuestra identidad nacional, Pardo Bazán también es bienhechora de la mujer, a quien dirige este libro, «contribuyendo a que la casa esté arreglada y regida». Lo hace resignada, ante la impasibilidad que causa en España el movimiento feminista, tal como subyace. En el prólogo del recetario cuando reconoce que «puesto que la opinión sigue relegando a la mujer a las faenas caseras, me propuse enriquecer la Sección de Economía Doméstica con varias obras que pueden ser útiles»<sup>18</sup>.

Llora también este conformismo en una carta al director de *La Voz de Galicia*, tal como recoge Gómez-Ferrer: «En el prólogo del primer tomo, y único por ahora publicado de mi nuevo libro, *La cocina española antigua*, explico las causas que me impulsaron a imprimir algunas de las muchas recetas que he coleccionado desde años ha, y creo que se verá que, en tan sencilla resolución trasluce la influencia de un desengaño ideal<sup>19</sup>». Desengañada, pero fidedigna a nuestra identidad culinaria y cultural, Pardo Bazán nos ofrece esta obra ejemplar de literatura técnica donde se describen los platos de Navidad que aparecen en nuestros cuentos: hemos señalado la sopita de almendras, pero también encontraremos el besugo asado o el besugo cocido de Nochebuena, recetas 173 y 174. Degústelos el lector si alguna vez tiene este libro en sus manos, y ahora volvamos a los cuentos.

La Condesa no le sirve sopa de almendras a «Peludo», pues es un asno famélico y olvidado en la puerta de una taberna de carretera por su dueño, con quien Pardo Bazán la emprende, tachándolo de «despiadado jinete, su espolique, su amo, su tirano». El pobre animal, protagonista del relato «La Navidad de “Peludo”», mientras los humanos dentro de la tasca se emborrachan y se alimentan, cree gozar, como si de su cena de Nochebuena se tratara, de «prados de un tono de felpa verdegay». Sin embargo, este festín natural resulta ser un espejismo que viene de la mano de la muerte. Al fallecer «Peludo», cree disfrutar de un banquete y de la compañía de «otro borrico: un asno plateado, de luciente pelo, vivaracho, cordial». Una dulce muerte para el animal protagonista, la cual le sirve a la autora para ilustrar la desfachatez del jinete, pues este, al ver difunto a su burro «con la terquedad característica de los beodos, seguía descargando puntapiés al animal, jurando, blasfemando y maldiciendo. Al fin, convencido de lo inútil de sus esfuerzos, soltó una opaca risotada». Con semejante desenlace, en un día tan señalado, se dignifica al asno y se «asnifica» al amo, por su crueldad y embriaguez.

He aquí otro objeto de crítica de la autora: la borrachera, vinculada a las cenas de Navidad en nuestro caso y subrayada en otros relatos como algo negativo, porque enajena y desposee al ser humano de esa misma humanidad que le debería ser propia. En este último cuento que hemos analizado, dentro de la taberna del Pellejón se celebra una «noche de bulla y parranda, de regodeo y jarros colmados de vino y aguardiente». La algarabía se vive en «la sala de la taberna iluminada, alegre, llena de hombres que jugaban a los naipes, disputaban, despachaban

<sup>18</sup> E. Pardo Bazán, *La cocina española antigua*, ob. cit., pág. 5.

<sup>19</sup> G. Gómez-Ferrer, *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 1999, pág. 328.

guisotes de bacalao y apuraban vasos de caña y tinto». Lejos está este vino del champán, y los guisotes, de los mariscos de los aristocráticos. Lejos, la borrachera, de la moderación de los ricos.

Más allá de estos *Cuentos de Navidad y Reyes*, tenemos el relato «Cena de Navidad»<sup>20</sup>. Me refiero a él, porque en el secuestro del protagonista por parte de unos bandoleros, se vive también la Nochebuena de los forajidos, en la cual vuelve a aparecer el predominio de la bebida frente a la comida, y una comida modesta, propia de las clases más bajas: «La despensa estaba bien provista. Jamón, embutidos, gallinas, hasta un pavo sacó el chico de unas eras; por supuesto, la cantidad de botellas sobrepujaba a la de manjares [...] Devoré el pavo relleno, del salado jamón, que llamaba por el Málaga; de los chorizos picantes y de los primores de confitería, que también incitaban a beber.»

Del mismo modo que en el cuento con que iniciábamos este análisis social de las cenas de Nochebuena, en «Jesús en la Tierra», esta vez desde la mirada del Mesías, Pardo Bazán nos describe distintos ambientes. En el populoso, se enfatizan los efectos de la bebida, asociados a esta clase: «voces vinosas entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz las coplas equívocas; las panderetas repican incesantemente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se enzarzan en el aire cual brujas volando al sábado». Desafortunadamente, el alcohol no solo se queda en la algarabía, sino que da paso a la violencia, y eso le molesta a Jesús, le molesta a la autora: entre los personajes, se fija en «dos hombres y una mujer. Ella da cuerda a entrambos; los provoca, los enreda. Ellos beben copa tras copa, y disputan. El uno arroja un vaso a la cara del otro; el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora chorreando heces de vino mezclado con sangre». Y dice heces.

La bebida contrapuesta al vino vuelve a ser el champán, presente cuando el Nazareno visita un palacio: «notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que solo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta». Sin embargo, esta vez, la música no es disorde, sino «alada y sensual» entre «copas que la champaña orlaba de espuma». No hay una crítica al comportamiento casi animal al que lleva la embriaguez, pues en esta clase social se oyen «gorjeos de risas», «el rumor de las conversaciones y de las carcajadas melodiosas». Aun así, los de esta clase, no quedan exentos de crítica, pues ellos también se han limitado al continente y han olvidado el contenido: se han centrado en la celebración de la «lujosa cena de Navidad» y han olvidado el verdadero sentido de la Nochebuena, el religioso, por lo que «Jesús retrocedió, volvió al salón del Nacimiento, donde se vio otra vez en el establo, niño y solo».

En este mismo cuento, vuelve a exudar la crítica a la paganización de la celebración navideña con la animalización de humanos que se alegran de la desgracia ajena, y es que, la furia divina parece desatarse ante la liviandad del hombre, y una tormenta en la mar nutrirá una aldea de pescadores. Estos ven despedazarse

<sup>20</sup> E. Pardo Bazán, «Cena de Navidad», *La Ilustración española y americana*, núm. XLVII, año LVI, 22 de diciembre de 1912, p 3.

un barco y, ansiosos del botín, «y danzando de júbilo, gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupiría bien pronto, aprovecharse de la feliz albana y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Natividad del Señor...» Estas cenas navideñas, desprovistas de su verdadero sentido y algunas de ellas rayanas en lo herejaco, vuelven a estar en el punto de mira de la autora, quien lamenta que sus personajes olviden quién nace a medianoche de un día tan señalado.

En diferentes cuentos, Pardo Bazán espera a este momento, a la entrada de la Navidad, para que se obre el milagro que vertebra el cuento: la aparición del niño Jesús. Así sucede en «La Nochebuena del Papa», cuando ante la cuna de Gesù Bambino se le aparece Jesús. También, en la «La tentación de sor María», cuya protagonista ve saciado su instinto maternal con la visita milagrosa anual del Niño. A medianoche muere también Lucía, en «De Navidad», la hija monja de Orso Amadeo, quien prefiere que, en vez de a ella en su celda, Jesús se le aparezca «en otro lugar oscuro, horrible, desolado...: el corazón de mi padre».

No obstante en estos tres relatos no hay cena de Nochebuena, pero sí en muchos otros, donde el festín se convierte en la antesala del momento mágico de la medianoche. La autora sienta a la mesa a sus personajes, además de para servirles la comida y la bebida que anteriormente he desgarnado, para que sean los protagonistas de algo inesperado que va a suceder: el gusto de comer también viene acompañado también de disgustos o bien de sucesos insospechados. A medianoche muere la hija monja de Osorio y también muere «Peludo», el asno malnutrido y olvidado mientras se empacha su jinete. También, a medianoche, se redime el ludópata protagonista de «Nochebuena de un jugador», quien ante su mujer y su cuñado Bernardo concibe un plan: abandonar su afición adictiva si esa misma Nochebuena tiene un golpe de suerte. Y así es. El azar se hermana con lo divino al ayudar al protagonista, «como si Dios se esmerase en cumplir el pacto [...] Hoy ha sido la última vez: palabra de honor», promete, y cumple.

En «Cena de Navidad» también se obra un milagro: los secuestradores dejan vivir al apresado porque es Nochebuena, y esta será su última cena: «Déalo, hombre: mañana será otro día. Ahora a sená en grasía e Dio», «Güeno, por eso no reñiremos; senaráá usted por última vé... No diga que, en Nochebuena, Carmelo no lo ha atendío.» Pero al día siguiente, el secuestrado será liberado por el sargento y los malhechores, arrestados. Sí, durante la noche se obró el milagro: «una protección divina descendía sobre mí» y le acabó liberando, podrá ir a ver a su familia, como tenía planeado.

Entramos así en otro motivo común en los cuentos que analizo: la familia vinculada a la celebración Navidad, como he avanzado más arriba, pues estas son fechas en que se recuerda a los seres queridos, si es que eres el soldado de a «Página suelta»: «tú te acuerdas de las muchachas..., y yo de mi nene, que ha nacido hace tres meses... No lo conozco aún». Esta exaltación del sentimiento

paternal también palpita en «Dos cenas», donde el amor de padre va más allá y llega a ser el de abuelo: «A aquella hora de su vida, ante la vejez amenazadora, con la caja bien repleta y el alma completamente árida y oscura, Rosálbez lo que echaba de menos para tapar el negro agujero, era “cariño” [...] unirse a su hija, crearse un hogar en el suyo, adorar y mimar a los nietos que enviase Dios. Ya veía una larga serie de Navidades futuras de gozosas cenas de familia, con árbol cargado de juguetes, con sorpresitas retozonas y babosas del abuelo». Pero no será, no gozará de estas familiares navidades, porque su hija, injuriada por su prometido, decidirá meterse a monja y el padre, castigado quizá por tener un amante, se verá solo, y viejo «mirando al porvenir, una larga serie de Navidades frías y solitarias, inmenso agujero tétrico en su existencia».

No se arma «El belén» en un cuento que promete la ruptura de un matrimonio por una pasada infidelidad de Julio Revenga. La mujer de este, recibe la noticia de la hija ilegítima de su marido el mismo día de Navidad. «¡Hoy nos ha nacido una pequeña!», se resigna la benévola Isabel, quien, por su infertilidad, siente que no debe quejarse «no has dado a tu esposo sino la mitad del hogar; tú no le has dado el Niño...» Es por eso que acepta, aunque le indigne que su marido no haya sido claro con ella al no revelar la existencia de una hija bastarda. Es más, determinará adoptarla: «la reconoceremos, arreglaremos lo legal. Que no le quede a “esa” ningún derecho». A partir de ese momento, Revenga podrá hacerse cargo de su hija y verá saciados sus deseos. Cuando no la tenía se decía: «la besuquearía, le llevaría juguetes en la Navidad próxima». Ya lo podrá hacer, la tiene con él. Se ha obrado un nuevo milagro.

Una Navidad manchada de dolor viven los padres de «Jesusa»: ella, abnegada; él, afanoso por salvar a una hija, como lo hace Torquemada de Galdós, pero sin ser demonizado por la autora: «empezó su carrera de filántropo, descubriendo cada día, en la inagotable mina de la miseria, nuevas vetas que explotar, y soñando, a cada hallazgo, que allí podría estar la curación de su hija». Desgracias o fortunas familiares vinculadas a la Navidad, en la obra de una autora que se acoge a este subgénero manido e incluso desmedidamente tradicional o anticuado para caracterizar a los personajes, su condición social primordialmente. Además, para elegir el festín como punto culminante en el desarrollo de la trama. Lo hemos constatado: estos ágapes multifuncionales le sirven también a la Condesa para criticar la banalización de la celebración y para demostrar su afición por la cocina y su voluntad, por qué no, de hermanar literatura y literatura técnica, de seguir hablando de nuestra identidad y del hombre, como ser humano, y también de la mujer.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMODÓVAR, M. A., *Yantares de cuando la electrecidad acabó con las mulas. La historia paralela de la electrecidad y la comida*, Madrid, Ediciones Nowtilus, 2009.
- BAQUERO GOYANES, M., *El cuento español en el siglo XIX*, Instituto Miguel de Cervantes (CSIC), 1949.

- FAUS SEVILLA, P., *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 203, tomo II, 2003.
- GARCÍA GUERRA, D., *La condición humana en Emilia Pardo Bazán*, Laracha, Xunta Editorial, 1990.
- GINER DE LOS RÍOS, F., «Del Epistolario de D. Francisco (Carta del 6-I-1888)», *Boletín de la Institución de Libre Enseñanza*, 1926.
- GÓMEZ DE LA SERNA, R., *Nuevos retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamérica, 1949.
- GÓMEZ-FERRER, G., *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 1999.
- PARDO BAZÁN, E., *Una cristiana*, Barcelona, Red ediciones, 2012 (1.ª edición de 1890), pág. 19.
- *Cuentos de amor, Obras Completas*, Madrid, Renacimiento, 1898.
- *Cuentos de Navidad y Reyes Magos*, Santa Cruz de Tenerife, Artemisa ediciones, 2006 (1.ª edición de 1902)
- «Cena de Navidad», *La Ilustración española y americana*, núm. XLVII, año LVI, 22 de diciembre de 1912.
- *La cocina española antigua*, Barcelona, Talleres gráficos de la S.G. de P. (1.ª edición de 1913)
- *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1973, vol. III.
- *Cuentos españoles de Navidad. De Valle-Inclán a Ayala*, Madrid, Clan editorial, 1998.
- PAREDES NÚÑEZ, J., «La producción cuentística de Emilia Pardo Bazán», *Estudio sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las Jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A. M. Freire López (ed.), La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, págs. 47-62.
- PATTISON, W., *Emilia Pardo Bazán*, Nueva York, Wayne Publishers, 1971.
- PÉREZ SÁMPER, M. A., «Las mujeres y la organización de la vida doméstica: de cocineras a escritoras y de lectoras a cocineras», T. A. Mantecón Movellán (ed.), *Bajtín y la historia de la cultura popular*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2008, págs. 33-70.

